

ELISABETTA GNONE

Olga de papel

EL VIAJE EXTRAORDINARIO



SILUETAS EN PAPEL DE LINDA TOIGO

Traducción de Miguel García



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

Proyecto gráfico y artístico de Elisabetta Gnone
Diseño de cubierta de Scozzese Design
Fotografías de Mattia Reiniger
Maquetación y posproducción digital de Litomilano
Adaptación de la maqueta: Grafime



B O M B U S

www.olgadicarta.com
www.facebook.com/olgadepapel/
olgadepapel@bombusmedia.com

Título original: *Olga di carta. Il viaggio straordinario*

© 2015 Bombus S.r.l. por Elisabetta Gnone
(por el texto y las ilustraciones)

Traducción: Miguel García

ISBN: 978-84-16634-63-7

Código IBIC: YF

DL B 16514-2017

© de esta edición, 2017 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: octubre de 2017

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

www.duomoedizioni.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*A madame Tartare
y monsieur Tatin*

Esta es una historia real.

Es la historia de cuando el oso amaestrado del señor Yubat, al final, me cortó en dos y el hombrecito muelle me pegó con celo. Él siempre lleva encima un rollo de celo, porque de vez en cuando se despega del fondo de la caja y cae fuera. La mujer voladora quería prestarme una de sus tiritas, pero yo opino que, si te cortan en dos, hace falta algo más fuerte para mantenerte junta.





PRÓLOGO

Todo el mundo sabía que a Olga le gustaba contar bien sus historias y que, si no, no las contaba. Así que, cuando la joven Tindal comenzaba un nuevo relato, la gente se ponía a escuchar. Puede que fuera por las ansias de conocer de quienes jamás se habían movido del pueblo, o puede que por las cosquillas que cada una de las historias hacía en un rinconcito de la mente, transformando fatigas y preocupaciones en sueños y esperanzas, o quizá fuera la fascinación por lo ignoto y lo extraordinario, pero el caso es que, cuando Olga Tindal empezaba a contar, quienes estaban cerca aguzaban el oído, las ventanas se entreabrían, en los patios las voces cesaban, rostros de curiosidad asomaban entre la ropa tendida y quienes estaban en casa salían arrastrando consigo una silla.

Tan extraño como cierto, aquella chiquilla de apenas once años era uno de los pasatiempos más gratos en el pueblo y uno de los temas que más a menudo y más rato estaba en labios de los habitantes del municipio de Balicó; Olga y sus increíbles historias, que ella juraba haber vivido en persona.

—¡Imposible! —sostenían algunos.

—¡Ojalá! —suspiraban otros.

—Por cómo las cuenta, ¡solo pueden ser verdad! —pensaban muchos.

Litigios, incluso peleas, habían estallado a causa de aquellas historias: los que no creían que eran verdaderas no sabían cómo demostrar que eran falsas y los que no creían que fueran falsas no conseguían demostrar que eran ciertas, salvo subrayando la precisión de aquellos relatos. Los detalles que describía Olga, incluso los más fantasiosos, eran coherentes con el contexto y el momento; los personajes que decía haber conocido, hasta los más excéntricos, eran creíbles; los hechos que había protagonizado, si bien bastante insólitos, por no decir surrealistas, tenían sentido y seguían una lógica.

—¿Qué niña podría inventar historias con tal astucia y maestría? —preguntaban quienes la creían.

—Una niña que sepa leer y repetir de memoria —respondían los escépticos.

—Una niña con mucha fantasía —sostenía el maestro de Olga.

—¡Una niña con el diablo dentro! —mascullaba la vieja Querpia, que veía al maligno en todas partes.

—Una niña rara —murmuraban las chismosas.

—Una niña que debería venir más a misa —clamaba el párroco.

—La mejor amiga del mundo —suspiraba la señora Debrís, la madre de Oruga—. Si no fuera por Olga y sus historias, mi hijo estaría perdido.

—Una bruja —renegaba Barcamorros, el barquero, que

había tenido ocasión de escuchar trozos de aquellas historias mientras pasaba a Olga y sus amigos de una ribera a otra del río, y había quedado cautivado.

—Una niña que necesita llamar la atención —decía la abuela de Olga—. Ha salido a su madre, ¡idéntica a ella! Por no hablar de su bisabuela, que en paz descansa. Mi madre veía almas de difuntos por todas partes y dejaba monedas en cada rincón para que los pobres espíritus pudieran pagarse el viaje al Paraíso. Para ella, todos los muertos eran buenos y merecían sentarse a la mesa del Altísimo.

—Una niña que ha descubierto cómo vencer el miedo —decía finalmente la sabia Tomeo, que con tijeras y navaja de barbero adecentaba cada día el ánimo humano.

—¿Miedo a qué? —le preguntaban los demás.

—¡A los monstruos que mete en sus historias y a los que todos tenemos miedo!



OLGA TINDAL

Olga Tindal era una chiquilla fina como una ramita, comía como un pajarito, cogía poco aire al respirar y su existencia, casi siempre, apenas hacía ruido, tan solo un leve rumor, como la hoja de un libro movida por el viento. A veces estaba en un lugar y justo después estaba en otro; salía empapada de donde no había agua o sucia de arena de un bosque nevado, o se presentaba quemada por el sol en un día lluvioso.

Su abuela decía que, desde que Olga había nacido, le parecía que vivía con un fantasma. La veía marcharse y, un momento más tarde, se la encontraba en casa, dormida delante del fuego; la oía hablar, pero la niña estaba fuera, jugando en el campo; y con la luna llena ocurrían más hechos extraños.

Nora sonreía. Había comprendido que esperaba a Olga en el instante mismo en que la semilla había sido depositada en su vientre.

—Bienvenida —le había susurrado—, espero que estés cómoda.

La había querido desde el primer momento y, durante la

ansiosa espera para conocerla, no había dejado de hablarle; le había descrito la casa en que nacería, el pueblo al que pertenecería, los campos en que crecería.

Y le había contado una historia cada noche.

Cuando, en una tormentosa noche de invierno un mes antes del día previsto, Olga había venido al mundo, Nora se había entusiasmado, porque la recién nacida era exactamente como se la había imaginado: morena e inteligente.

—De acuerdo en lo de morena —había comentado la abuela Almida—, pero inteligente... ¡Ha nacido hace media hora, espera a saber cómo es!

—¡Sé cómo es, lo sé desde siempre! —había replicado Nora.

—Si tú lo dices —había rezongado la abuela—. Ahora dale de comer, es tan delgada como una hoja de maíz. ¿Y el nombre?

—Olga —había susurrado la madre, besando a su hija—, un nombre regordete para mi hojita de papel.

Y así, sin cambiar ninguna de sus costumbres, Nora había criado a la niña, con la ayuda no solicitada de la abuela y sin marido.

El padre de Olga había desaparecido cuando la pequeña estaba aún en la tripa, un rayo lo había alcanzado mientras volvía de la viña. Y como en aquel mismo sitio, metro más allá o más acá, había muerto el abuelo, al que también le había caído un rayo, en el pueblo se había insinuado que la mala suerte rondaba a la familia Tindal. El nacimiento de la niña en una noche fría y tormentosa, con un mes de adelanto, y el hecho de que fuera tan menuda sumaron rumores a los rumores.

—Existe la posibilidad de que no sobreviva —se cuchicheaba en las tiendas.

—He oído que es una criatura extraña —murmuraban las comadres en la iglesia y la calle.

—¿Cómo que extraña?

—¡Extraña!

Nora no hacía caso. Era demasiado feliz y tenía demasiado que hacer: desde que su marido había muerto, el trabajo en el campo y con el ganado recaía en sus hombros. Tenía que ocuparse de las vides, cultivar el huerto, mantener limpio el avellanar, segar la hierba, cuidar de las cabras, de la gorrina, de los dos burritos, de las ocas y de las gallinas; evitar que se acercaran zorros y garduñas; y criar a Olga.

Los chismorreos eran el último de sus problemas. Olga, la única alegría. Siempre la llevaba consigo, envuelta en un chal a su espalda. Le explicaba el trabajo en las tierras, le describía los aperos, le revelaba los secretos de la buena uva y la fruta jugosa; le hablaba de su padre, su abuelo, sus tíos y los antepasados. Y reía, reía a menudo pese a la fatiga y las preocupaciones. Y cuando Olga fue más mayor, madre e hija reían juntas y, al final de cada jornada, dejaban una monedita en alguna parte para un alma vagabunda.

—Sin su ayuda no habríamos podido, ¿verdad, Olga?
—decía su madre Nora mientras regresaba a casa con la azada al hombro.

El domingo iban de paseo por el campo. En verano se bañaban en la Poza Verde, donde el agua, a pesar de su nombre, era fresca y transparente. Buscaban nuevos

senderos trazados por los corzos y descubrían rincones secretos, olían las hierbas aromáticas y comían moras e higos cogidos de los árboles.

En invierno se divertían reconociendo huellas en la nieve y, si la estación era dura, llevaban heno y sal al bosque para los animales salvajes; domesticaban a las ardillas ofreciéndoles nueces y avellanas, y recogían leña para la estufa. Fue una época muy feliz.

A los seis años, Olga vagaba sola por el campo. A veces, su abuela Almida mandaba con ella a Valdo, el perro que estaba enseñado para vigilar a los animales de la granja y a Olga. La niña sostenía largas conversaciones con él. Le mostraba las huellas de los lobos y los jabalíes, le contaba sueños y pensamientos, a menudo pidiéndole consejo, y hacía que participara en sus aventuras. En opinión de Olga, Valdo era un perro sabio e inteligente, de modales refinados y sentimientos delicados.

Olga, a su vez, era una buena niña: atendía en clase, por la tarde estudiaba y leía los libros que le daba su abuela, más los que cogía a escondidas de la pequeña librería, tres apretados estantes detrás de la puerta de la calle.

Le gustaban aquellos con las tapas de color verde lagarto o rojo granada, los títulos en relieve y las letras doradas. Si la historia era apasionante, la terminaba en una noche para luego, al alba, ir de puntillas a dejar el libro en su sitio antes de dormirse.

Dormía y soñaba, y algunas veces soñaba que dormía entre las páginas del libro que acababa de leer; sentía la textura blanda del papel y el olor de la tinta. Era un sueño que, salvo a Valdo, nunca le había contado a nadie. Ni

siquiera se lo había contado a sus mejores amigos, Mima y Oruga. Pero a ellos, sobre todo a ellos, sí les contaba sus historias...



LA NIÑA DE PAPEL

Un frío día de invierno, en el nevoso pueblo de Montetabá, nació una niña de papel.

El excepcional acontecimiento llamó la atención de la gente, pero, como cosas parecidas habían ocurrido ya en las altas montañas de aquella región remota, las murmuraciones se acallaron muy pronto.

Todos, en efecto, recordaban las historias del niño de barro y de la niña de vidrio, cada generación las había transmitido a la que venía después, junto con las fábulas y leyendas que desde hacía siglos se contaban en el pequeño pueblo de cielo y nieve.

Así que los habitantes de Montetabá dejaron de asombrarse y volvieron a sus costumbres cotidianas.

Cuando se encontraban con la niña de papel y su madre, las saludaban y decían las cosas que se dicen siempre cuando se ve a un recién nacido, y la acariciaban con la punta de los dedos, con mucho cuidado.

Lo único que los habitantes de Montetabá se preguntaban era si aquella vez todo acabaría como las veces anteriores. Y también qué sucedería cuando la niña

creciera, algunos lo lamentaban ya por su pobre madre.

Pasaron diez años y una noche, en la cena, como antes que ella habían hecho el niño de barro y la niña de vidrio, la niña de papel le expresó a su madre el deseo de ir a ver a la maga Auselia para que le diera un aspecto normal, para que la volviera de carne y hueso, como todos los demás.

—¡Pero si tú eres normal! —trató de convencerla su madre, secándose los ojos rebosantes de lágrimas.

—No, mamá —replicó Olga—. ¡Yo soy distinta, distinta a todos! ¡Y no quiero serlo más!

Aunque comprendía el deseo de su hija, la mujer no soportaba la idea de verla partir. El viaje para ver a la maga era largo y peligroso; ambos, el niño de barro y la niña de vidrio, lo habían emprendido años atrás, pero solo uno de ellos había regresado, y su aspecto no había mejorado nada, ¡al contrario! El niño de barro daba miedo, tanto, que el pueblo lo había echado. Apartado de su casa y de sus seres queridos, el pobrecillo había llevado una vida errante y solitaria, una vida de animal confinada en los bosques. Hasta que de él no volvió a saberse nada.

Cuando la niña empezó a hacer el equipaje, la mujer bajó los brazos y soltó un largo suspiro.


Su hija preparó una bolsa ligera con pocas cosas, las indispensables: las señas de casa, una hojita con su nombre, una breve historia de su origen por si el viaje se alargaba tanto que le borraba los recuerdos, una libreta, un retrato de su madre, un saquito con diez monedas, un puñado de lápices de colores atado con una cinta, unos

folios, un botecito de cola, unas tijeritas, una brochita y la manta de papel de su cama, bien doblada en cuatro.

La madre le confeccionó un paragüitas para protegerse de la lluvia.

—Te lo ruego, mi niña, mira bien dónde pones los pies —le dijo, estrechándola contra su pecho—. ¡Ten cuidado con los charcos y resguárdate de los temporales y del viento del norte! Y protégete del fuego, amor mío infinito.

Luego, abatida, vio alejarse a su hija.

—Espérame, mamá. ¡Te prometo que volveré! —le dijo Olga como despedida 

Oruga había dejado de llorar por fin. Sentado en la acera, se secó la nariz con la manga; los mocos le habían mojado los pantalones en las rodillas.

—¿Cómo... cómo se llamaba la niña? —le preguntó a Olga, todavía sacudido por los sollozos.

—Olga, como yo —le recordó ella.

—Ah, es verdad —dijo el chiquillo.

Mima le pasó una mano por la cabeza y le alborotó los rizos amarillentos.

—No hagas caso de esos estúpidos, ¿me oyes? Si se lo haces, ¡serás tan estúpido como ellos! —le dijo. Oruga había vuelto a recibir insultos de Grumo Malan y su banda—. Te toman el pelo para hacerte rabiar, ¿no lo entiendes? Siempre repiten las mismas cosas. ¡Deberías llorar por ellos, no por ti!

—¡Lloro porque tienen razón! —protestó Oruga—. ¡Salta a la vista que soy un blandengue, soy una oruga

cuatrojos, un gusano pudremanzanas! ¡Todo eso dicen de mí! ¡Doy asco!

—¡Eh, alto ahí! ¡Ojo con las palabras! ¡Aquí nadie da asco! Dicen esas cosas para que te enfades. Si no te lo tomaras así, no te las dirían. Mira a Molo, se burlan de él porque es gordo y tontorrón, una mole alelada, de ahí que lo llamen Molo. ¿Sabes cuál es la diferencia entre él y tú? Que a él le importa un pito, mientras que tú chisporroteas como una brasa a la primera palabra y empiezas a llorar. ¡Y ellos se ríen!

—¿Ver a una persona llorando hace reír?

—A mí no. Pero yo no soy una requetebellaca, como esos. ¿Sabes lo que deberías hacer, Oruguín? Cuando te insulten, échate a reír, así: ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Suelta una buena carcajada. ¡Ya verás como paran! O haz como Olga, que sigue derecha su camino. ¿Qué debería decir ella? «Olga la rara», «Olga la lenguado», «Olga la cuentatrolas»... ¿Cuántas veces se lo has oído decir a esos idiotas? Cada cual es de una manera, Oruga. Vale, tú no eres ningún Apolo, te faltan músculos, tienes la piel de color sepia, usas gafas, dices las erres como las ranas y tienes el pelo anaranjado, como ciertas oruguitas. Pero eres...

—Se llama rotacismo.

—¿Quién?

—El defecto en mi pronunciación, se llama rotacismo —explicó Oruga—. Se debe a que no sé dónde poner la lengua cuando tengo que pronunciar la erre, así que la digo con la garganta.

—Y cuando dices «recorrer» pareces un tractor —añadió Mima—. Pero eres educado, en el colegio eres un genio

y, cuando quieres, sabes ser muy simpático. Así que, como ves, no estás tan mal. Ahora fíjate en mí: soy la más baja de mi clase, tengo el pelo de color fango y las piernas como palillos. Pero tengo unos maravillosos ojos azules ¡y corro más que muchos chicos! ¿Y Olga? Bueno, ella es fantástica, sencillamente fantástica tal como es. Por eso, no te digo más que: ¡ni caso, Oruga, no les hagas ni caso y ya está!

—¿Cuábdo soy buy sibpático? —preguntó el chiquillo con la frente apoyada en las rodillas humedecidas y los brazos colgando. En aquella postura, los mocos le taponaban la nariz.

—¿Que cuándo eres muy simpático? —dijo Mima—. Pues, veamos, ¿cuándo ha sido la última vez...?

—Bi siquiera te viebe a la cabeza ub ejobplo. Lo dices solabebe para que deje de llorar.

—¡No, no es verdad! ¡Tú eres simpaticón cuando quieres!

—¿Y cuábdo quiero?

—Cuando... cuando... ¡no estás nervioso!

—¿Solabebe?

—No, ¡también cuando te suenas la nariz! Y cuando te pones contento al ver germinar las judías metidas en algodón; cuando en el colegio te sabes todas las respuestas y por eso no te desesperas. Y cuando no están esos filibusteros cobardes para tirarte de las orejas.

—Filibusteros es uba palabra sibpática —objetó Oruga, con la nariz cada vez más taponada—. Si los llabas así, significa que eb tu ibcobsciebe siebtes por ellos uba sibpatía ibstibtiva, y por lo tabto ibevitable.

Mima puso unos ojos como platos.

—Pero ¿qué simpatía? ¡Los filibusteros eran saqueadores! ¡Gentuzza despiadada! ¡Bandidos sin escrúpulos! ¡No siento ninguna simpatía por ellos! ¿No tienes un pañuelo?

—Sí, eb alguba parte... —Oruga sacó un pañuelo del bolsillo de los pantalones y se sonó enérgicamente. Después, restregándose aún la nariz, continuó—: También eran magníficos navegantes. Si han entrado en la leyenda es por sus gestas intrépidas y su carácter impávido y astuto más que por las correrías sanguinarias que perpetraron en el mar de las Antillas. Por no hablar de su atrayente manera de vestir.

—¿Granujas es más apropiado? —preguntó Mima.

—¡No! Porque los granujas, a diferencia de los canallas y los malhechores, que son casi sinónimos, resultan simpáticos.

—¡Aaah! ¡Igual resultan simpáticos porque no precisan tanto con las palabras! Sea como sea —dijo la joven al límite de su paciencia—, si tampoco te gusta granujas, entonces son unos... unos... unos super...

—Son malos, Oruga —dijo Olga, tendiéndole una mano a su amigo—. Ellos son malos y tú eres bueno. Y los buenos ganan siempre.

Oruga levantó la cara, Olga estaba de pie delante del sol. Agarró su mano y se alzó.

—No recuerdo cómo se llamaba el pueblo de la montaña.

Olga ladeó la cabeza y lo miró con asombro.

—Ese en el que vivía la niña de papel.

—Montetabá.

—¿Y dónde vivía la maga? —preguntó Mima.

—En un lugar muy lejano.

—¿Y Olga? No tú, la Olga de papel, ¿consiguió encontrarla?

—¡Mima! —protestó Oruga—. ¡Olga no cuenta así sus historias! Sabes que ella no salta de un tema a otro como haces tú. ¡Contente un poco!

—Oruga tiene razón —dijo Olga—, tengo que ir avanzando con orden para no mezclar los hechos; ha pasado mucho tiempo desde entonces, no quisiera confundirme.

Los tres amigos se encaminaron a casa. Oruga sorbía aún por la nariz, Mima andaba con un pie en la acera y el otro en la calzada, y ambos escuchaban en silencio.